

## LIBRO SEXTO.

INSTALACION DE LA JUNTA CENTRAL EN ARANJUEZ, 25 DE SETIEMBRE.— NUMERO DE INDIVIDUOS.— SU COMPOSICION.— FLORIDABLANCA.— JOVELLANOS.— DIVERSOS PARTIDOS DE LA CENTRAL.— SU INSTALACION, CELEBRADA EN LAS PROVINCIAS.— CONTESTACION CON EL CONSEJO.— DICTÁMEN DE JOVELLANOS.— FORMA INTERIOR DE LA CENTRAL.— D. MANUEL QUINTANA.— PRIMERAS PROVIDENCIAS Y DECRETOS DE LA CENTRAL.— SU MANIFIESTO EN 10 DE NOVIEMBRE.— DISTRIBUCION DE LOS EJÉRCITOS.— SU MARCHA.— MARCHA DEL DE GALICIA.— OCUPA Á BILBAO.— MARCHA DEL DE ASTÚRIAS.— CUESTA.— SU CONDUCTA.— LE SUCEDIERON EGUÍA Y PIGNAT.— PIGNATELLI.— MARCHA DE LLAMAS.— DETENCION DE CASTAÑOS EN MADRID.— SU SALIDA.— PLAN CONCERTADO CON PALAFOX.— SITUACION DEL EJÉRCITO DEL CENTRO Y DEL DE ARAGON.— FUERZA DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES.— SITUACION DE JOSÉ Y DEL EJÉRCITO FRANCÉS.— EXPOSICION DE SUS MINISTROS.— FUERZA DEL EJÉRCITO FRANCÉS.— MOVIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES.— ACCION DE LERIN, 26 DE OCTUBRE.— RETIRADA DE LOS CASTELLANOS DE LOGROÑO.— ARREGLO QUE EN SU EJÉRCITO HACE EL GENERAL CASTAÑOS.— SE SITUÁ EN CINTRUÉNIGO Y CALAHORRA.— NAPOLEON.— SU MENSAJE AL SENADO.— LEVA DE NUESTRAS TROPAS.— CONFERENCIAS DE ERFURTH.— CORRESPONDENCIA CON EL GOBIERNO INGLÉS.— FIN DE LA CORRESPONDENCIA.— DISCURSO DE NAPOLEON AL CUERPO LEGISLATIVO.— FUERZA Y DIVISION DEL EJÉRCITO FRANCÉS.— CRUZA NAPOLEON EL BIDASOA.— ACCION DE ZORNOZA, 31 DE OCTUBRE.— DE BALMASEDA, 4 DE NOVIEMBRE.— RECONOCIMIENTO HÁCIA GÜEÑES EN 7 DE NOVIEMBRE.— BATALLA DE ESPINOSA, 10 Y 11 DE NOVIEMBRE.— DISPOSICIONES DE NAPOLEON.— ACCION DE BÚRGOS, 10 DE NOVIEMBRE.— REVUELVE SOULT CONTRA BLAKE.— DIVERSAS DIRECCIONES DE LOS MARISCALES FRANCESES.— ENTRADA EN BÚRGOS DE NAPOLEON.— SU DECRETO DE 12 DE NOVIEMBRE.— EJÉRCITO INGLÉS.— EJÉRCITO DEL CENTRO.— D. FRANCISCO PALAFOX ENVIADO POR LA CENTRAL.— DIVERSOS PLANES.— MARCHA LANNES CONTRA DICHO EJÉRCITO.— REPLIÉGASE CASTAÑOS.— BATALLA DE TUDELA, 23 DE NOVIEMBRE.— RETIRADA DEL EJÉRCITO.— SU LLEGADA Á SIGÜENZA.— LA PEÑA GENERAL EN JEFE.— SAN JUAN EN SOMOSIERRA.— PASAN LOS FRANCESES EL PUERTO.— SITUACION DE LA CENTRAL.— CARTAS DE LOS MINISTROS DE JOSÉ.— ABANDONA LA CENTRAL Á ARANJUEZ.— SITUACION DE MADRID.— MUERTE DEL MARQUÉS DE PERALES.— NAPOLEON DELANTE DE MADRID.— ATAQUE DE MADRID.— CONFERENCIA DE MORLA

CON NAPOLEON.— CAPITULACION.— FÁLTASE Á LA CAPITULACION.— DECRETOS DE NAPOLEON EN CHAMARTIN.— ESPAÑOLES LLEVADOS Á FRANCIA.— VISITA NAPOLEON EL PALACIO REAL.— SU INQUIETUD.— CONTESTACION AL CORREGIDOR DE MADRID.— JURAMENTO EXIGIDO DE LOS VECINOS.— VAN LOS MARISCALES FRANCESES EN PERSECUCION DE LOS ESPAÑOLES.— TOTAL DISPERSION DEL EJÉRCITO DE SAN JUAN.— MUERTE CRUEL DE ESTE GENERAL.— EJÉRCITO DEL CENTRO, SUS MARCHAS Y RETIRADA Á CUENCA.— REBELION DEL OFICIAL SANTIAGO.— NÓMBRASE POR GENERAL EN JEFE AL DUQUE DEL INFANTADO.— CONDE DE ALACHA.— SU RETIRADA GLORIOSA.— LA MANCHA.— TOLEDO.— MUERTES VIOLENTAS.— VILLACAÑAS.— SIERRA-MORENA.— JUNTAS DE LOS CUATRO REINOS DE ANDALUCÍA.— CAMPO-SAGRADO.— MARQUÉS DEL PALACIO.— MARCHAN LOS FRANCESES Á EXTREMADURA; ESTADO DE LA PROVINCIA.— EXCESOS.— GENERAL GALLUZO.— SU RETIRADA.— CONTINÚA LA CENTRAL SU VIAJE.— SUS PROVIDENCIAS.— SUCEDE CUESTA Á GALLUZO.— LLEGA Á SEVILLA LA CENTRAL EN 17 DE DICIEMBRE.— MUERTE DE FLORIDABLANCA.— SITUACION PENOSA DE LA CENTRAL.— SUS ESPERANZAS.

No resueltas las dudas que se habian suscitado sobre el lugar más conveniente para la reunion de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalacion, y aún subsistia la misma y penosa incertidumbre. Los más se inclinaban al dictámen de la junta de Sevilla, que habia al efecto señalado á Ciudad-Real, ó cualquiera otro paraje que no fuese la capital de la monarquía, sometida, segun pensaba, al pernicioso influjo del Consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras várias puso término á las dificultades, obligando á los que permanecian en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse éstas, y juntos unos y otros, tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Por fin el 25 de Setiembre, en Aranjuez y en su real palacio, instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de Junta suprema Central gubernativa del reino (1). Compuesta entónces de 24 in-

---

(1) *Lista de los individuos que compusieron la Junta suprema Central gubernativa de España é Indias, por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.*

POR ARAGON.

D. Francisco Palafox y Melci, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército y oficial de reales guardias de Corps.

## LIBRO SEXTO (1808)

dividuos, creció en breve su número, y se contaron hasta 35, nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nación en Mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De

---

D. Lorenzo Calvo de Rozas, vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

### ASTÚRIAS.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos, caballero de la orden de Alcántara, del Consejo de Estado de S. M. y ántes ministro de Gracia y Justicia.

Marqués de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Astúrias.

### CANARIAS.

Marqués de Villanueva del Prado. Castilla la Vieja.

D. Lorenzo Bonifaz y Quintano, dignidad de prior de la santa iglesia de Zamora.

D. Francisco Javier Caro, catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

### CATALUÑA.

Marqués de Villel, conde de Darnius, grande de España y gentil-hombre con ejercicio.

Baron de Sabasona.

### CÓRDOBA.

Marqués de la Puebla de los Infantes, grande de España.

D. Juan de Dios Gutierrez Rabé.

### EXTREMADURA.

D. Martin de Garay, intendente de Extremadura y ministro honorario del Consejo de Guerra; fué el primer secretario general y despachó interinamente los negocios de Estado.

D. Félix Ovalle, tesoroero de ejército de Extremadura

### GALICIA.

Conde de Gimonde.

D. Antonio Aballe.

### GRANADA.

D. Rodrigo Riquelme, regente de la chancillería de Granada.

D. Luis de Fínes, canónigo de la santa iglesia de Santiago.

### JAEN.

D. Francisco Castanedo, canónigo de la santa iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado.

D. Sebastian de Jócana, del Consejo de S. M. en el tribunal de Contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

CONDE DE TORENO

Canarias sólo acudió uno á representar sus islas. Fué elegido presidente el Conde de Floridablanca, diputado por Murcia, y secretario general D. Martin de Garay, que lo era por Extremadura.

---

LEON.

Frey D. Antonio Valdés, bailío gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de Oro, gentil-hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de Estado y ántes ministro de Marina é interino de Indias.

El Vizconde de Quintanila.

MADRID.

Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, caballero mayor y gentil-hombre de cámara de S. M., con ejercicio. Fué presidente de la Junta.

D. Pedro de Silva, patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III y ántes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fué reemplazado.

MALLORCA.

D. Tomas de Veri, caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma, conde, etc.

MURCIA.

Conde de Floridablanca, caballero del Toison de Oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y ántes primer secretario de Estado, interino de Gracia y Justicia. Fué el primer presidente de la Junta Central. Falleció en Sevilla y fué subrogado por el

Marqués de San Mamés, que no tomó posesion.

Marqués del Villar.

NAVARRA.

D. Miguel de Balanza/D. Cárlos de Amatria. Individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.

SEVILLA.

D. Juan de Vera y Delgado, arzobispo de Laodicea, coadministrador del señor Cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fué presidente de la Junta Central.

Conde de Tilly.

TOLEDO.

D. Pedro de Rivero, canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fué secretario general.

D. José García de la Torre, abogado de los reales Consejos.

VALENCIA.

Conde de Contamina, grande de España, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del Estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo, casi todos ántes de la insurreccion eran, como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de D. Antonio Valdés, del Conde de Floridablanca y de don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero, muchos años ministro de Marina, mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos, de fama más esclarecida, requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que harémos de sus personas un breve y fiel traslado.

A los ochenta años cumplidos de su edad, D. José Moñino, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin, en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los más eminentes puestos del Estado. Fiscal del Consejo Real, y en union con su ilustre compañero el Conde de Campománes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de Estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entónces hasta la muerte de Cárlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo más ensalzado ni más deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independenciam de los Estados-Unidos, emprendida, segun parece, mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensa-

---

Principe Pío, grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fué subrogado por el Marqués de la Romana, grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en jefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que, aunque treinta y cinco los individuos de la Central, nunca hubo reunidos sino treinta y cuatro, habiendo fallecido en Aranjuez, sin ser reemplazado, D. Pedro de Silva.

das y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demas la dignidad de la nacion. Censurósele, y con justa causa, el haber introducido una política suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada afición á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías, hijas las más veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo, poco sufrido: ninguna de ellas fué más tachada que la junta llamada de Estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo, la medida en sí, y los motivos en que la fundó, no sólo le justificaban, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entónces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aún más á la arbitrariedad, á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenía de la córte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por D. Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el Mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar más y más los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso, como individuo de la Central, que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Atento á ellas, y formado en muy diversa escuela, seguia en su conducta la vereda opuesta D. Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las más modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla; ascendiendo despues á alcalde de casa y córte y á consejero de órdenes, desempeñó estos cargos y otros no ménos importantes con integridad, celo y atinada ilustración. Elevado en 1797 al ministerio de Gracia y Justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida córte de María Luisa, recibió bien pronto su exoneracion. Motivóla con parti-

cularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la Reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de ésta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no sólo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del Ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin, atropelladamente y con crueldad, encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente, al salir de ella, desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Astúrias para que fuese en la Central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente, y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz, como literato y como publicista, obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras, de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su Instituto Asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Aachacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero, sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y áun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el Monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional, dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente, que (como decia Ciceron (2), su autor predilecto) «dificilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros.» Tal fué Jovellanos, cuya nom-

---

(2) *Nam ut quisque est vir optimus, ita difficillimè esse alios improbos suspicatur.* (CIC., *ad Quintum Fratrem*, lib. I., epist. I).

bradía resplandecerá y aún descollará entre las de los hombres más célebres que han honrado á España.

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la Central el impulso de la opinion, arrimándose los más á uno ó á otro de dichos dos vocales. Pero, como éstos entre sí disientan, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias, no dejó más adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de D. Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la Junta.

Pero á uno y otro partido de los dos, si así pueden llamarse, en que se dividió la Central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca, anciano y doliente; Jovellanos, entrado tambien en años y con males; avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres más arrojados ó atrevidos, entre los que sonaba D. Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la Junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y casi desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Así fué que en los primeros meses, siguiendo la Central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el gobierno, obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Mas ántes, y al saber en las provincias su instalacion, fué celebrada ésta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia; las cuales, pesarasas de ir á ménos en su poder, habian intentado convertir los diputados de la Central en cueros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse, pues, por encima de las instrucciones que aquéllas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente, y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si



en ello pudo haber algun desvío de legitimidad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, si no se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Tampoco faltaron, como era de temer, desavenencias con el Consejo Real. En 26 de Setiembre le habia dado cuenta la Junta Central de su instalacion, previniéndole que, prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad todas las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el Consejo de que la Junta habia menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y despues de dilatar una contestacion clara y formal, al cabo envió el 30, con el juramento pedido, una exposicion de sus fiscales, en la que éstos se oponian á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el Consejo no habia seguido el parecer fiscal, le remitió, no obstante, á la Junta, acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1.<sup>a</sup> Reducir el número de vocales de la Central, por ser el actual contrario á la ley 3.<sup>a</sup>, partida 2.<sup>a</sup>, título xv, en que, hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: «que los guardadores deben ser uno ó tres ó cinco, é non mas.» 2.<sup>a</sup> La extincion de las juntas provinciales. Y 3.<sup>a</sup> La convocacion de Córtes, conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas, como á primera vista parecian estas peticiones, no sólo no eran por entónces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el Consejo, achacáronse á ódio y despique contra las autoridades populares nacidas de la insurreccion. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretacion; pues en cuanto al primer punto, el Consejo, que ahora juzgaba ser harto numerosa la Junta Central, habia en Agosto provocado á los presidentes de las de provincia para que (3), «no siendo posible adoptar de pronto, en circunstancias tan extraordinarias, los medios que designaban las leyes y las costumbres nacionales....., diputasen personas de su mayor confianza, que reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en las demas provincias y al Consejo, pudiesen conferenciar..... de manera que, partiendo todas las providencias y disposiciones de este centro comun, fuese tan expedi-

---

(3) Véase el *Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real*.

to como conveniente el efecto.» Por lo cual, si se hubiera condescendido con la voluntad del Consejo, léjos de ser ménos en número los individuos de la Central, se hubiera ésta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Además la citada ley de partida, en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formacion de regencia, puede decirse que nunca fué cumplida, empezando por la misma minoridad de D. Fernando IV, el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Cárlos II de Austria. La otra peticion del Consejo, de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservacion de éstas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y sólo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3.<sup>a</sup> peticion de convocar la representacion nacional. Dudábase de la buena fe con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el Consejo hosco y espantadizo á solo el nombre de Córtes, sin contar con que se requería más espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del Consejo se llevaron, pues, tan á mal, que intimidado, no insistió por entónces en su empeño.

Coincidia, sin embargo, hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la Central, y de los más ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el dia de la instalacion, y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fué uno de los primeros acuerdos de la Junta nombrar una comision de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos, como medida prévia, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de Octubre en el seno de la misma Junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente «á la nacion que seria reunida en Córtes luégo que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio, y si esto no se verificase ántes, para el Octubre de 1810; que desde luégo se formase una regencia interina en el dia 1.<sup>o</sup> del año inmediato de 1809; que instalada la Regencia, quedasen existentes la Junta Central y las provinciales; pero reduciendo el número de vocales en aquélla á la mitad, en éstas á cuatro, y unas y otras sin mando ni autoridad, y sólo en calidad de auxiliares del Gobierno.» Este dictámen, aunque justamente apreciado, no fué admitido, suspendiéndose para más adelante su resolucion. Creian unos que era más urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la

eleccion de regencia: ésta solamente habia de constar de tres ó cinco individuos, y no siendo, por tanto, dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubieran nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Además el gobierno electivo y limitado de la Regencia, sin el apoyo de otro cuerpo más numeroso y que deliberase en público, como el de las Córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion, tan vária y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquéllas, segun hemos insinuado, pedia más desahogo y prévia meditacion; por cuyas causas, y la premura de los tiempos, continuó la Junta Central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

En su virtud, y para el mejor y más pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior, y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquéllas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general, á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota D. Manuel Quintana; eleccion que á veces sirvió al crédito de la Central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, media la muchedumbre por la dignidad del lenguaje las ideas y providencias del gobierno.

Desgraciadamente éstas no correspondieron á aquél durante los primeros meses. Por de pronto, y antes de todo, ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al Presidente se lo dió el tratamiento de alteza; á los demas vocales el de excelencia, reservándose el de majestad á la Junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos, se señalaron el sueldo de 120.000 reales, é incurrieron, por consiguiente, en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aún se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permittedse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restableciéronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la Junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte, tampoco acallaba las hablillas y disgusto que aquéllas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones

en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual, habiendo hecho un extraordinario esfuerzo, ya casi exhausta al levantarse en Mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública, de antemano desordenada, desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacia por tierra. Reconstruirla era obra más larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma, si bien imposible ó difícil de mejorarse entónces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa; puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvía lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones; y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arrimo en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones, por la índole de su institucion misma.

Trató, no obstante, la Central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de Noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de Octubre, y en el que con maestría se trazaba el cuadro del estado de cosas, y la conducta que la Junta seguiria en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no sólo trataba de mantener para la defensa de la patria 500.000 infantes y 50.000 caballos, sino que tambien daba esperanza de que se mejorarian para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la Junta Central. Mas habia corrido el mes de Octubre, entrado Noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veia que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Estos habian sido divididos, por decreto suyo, en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1.º Ejército de la izquierda, que debia constar del de Galicia, Astúrias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y país que recorriese. 2.º Ejército de Cataluña, compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3.º Ejército del centro, que debia comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura, con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses, en caso de que se determinasen á avanzar hacia la frontera de Francia. 4.º Ejército de reserva, compuesto de las tropas

de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habian agregado de Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de Guerra, y presidente de ella al general Castaños, aunque por entónces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Ya ántes de la instalacion de la Central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de Setiembre, de que hicimos mencion, se habia acordado que, al paso que el general Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se arrimaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osuma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del río Aragon; recomendando, ademas, á Galluzo, que mandaba las de Extremadura, el ir á unirse con las que se encaminaban al Ebro. Blake, por su lado, debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Búrgos y provincias Vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin órden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desórden en la distribucion, y aquella lentitud característica, al parecer, de la nacion española, y de la que, segun el gran Bacon, habia ya en su tiempo nacido el proverbio (4): «*Me venga la muerte de España, porque vendria tarde.*»

Con todo, el ejército de Galicia, despues de la rota de Rioseco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general D. Joaquin Blake en los últimos dias de Agosto, y dividido en tres columnas, se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Búrgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su número á 22.728 infantes y 400 caballos, distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta, al mando del Marqués de Portago, se movió la vuelta de Bilbao, para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados éstos por los ti-

---

(4) *Et Hispani tarditatis notati sunt: Me venga la muerte de España; Veniet mors mea de Hispania. Tum scio cunctanter veniet.* (FRANC. BACONI DE CERRULAMIO, *Sermones fideles.*—XXV de *expediendis negotiis.*)

ros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recién llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Balmaseda sobre el Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fué al general frances Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de Octubre.

En el mismo dia, y ocupando á Quincoces, orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Astúrias, capitaneadas por don Vicente María de Acevedo. Habia éste sucedido en el mando, desde 28 de Junio, al Marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo, militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia conseguido disciplinar bastantemente 8.000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos, uno lo regía D. Cayetano Valdés, otro D. Gregorio Quirós. Jefe de escuadra el primero, le vimos en Mahon mandando, á principios de año, la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya ántes la nacion lo habia distinguido y colocado entre sus mejores y más arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Astúrias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas, pues, las tropas de Astúrias y Galicia, concertaron sus movimientos, y el 25 de Octubre se situó el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Al propio tiempo D. Gregorio de la Cuesta, ántes que en cumplir lo acordado en 5 de Setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon D. Antonio Valdés y Vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito, queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiendo para fiscal de la causa al Conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla, con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la Central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo jefe D. Francisco Eguía, se acercó á Logroño,

en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando D. Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de jefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena, sí, de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8.000 hombres, con pocos caballos.

Por su parte, y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos, y en Setiembre, D. Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4.500 hombres, infantes y jinetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha de Ebro, y situó en primeros de Octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la segunda y cuarta division de Andalucía, regidas ambas por el general D. Manuel de La Peña, y cuya fuerza ascendía á 10.000 hombres. Castaños permaneció en Madrid, y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del Consejo, y celos, piques y desavenencias de la Junta de Sevilla.

Dijeron algunos que tambien se detenía, esperanzado en que la Central le nombraría generalísimo, en remuneracion de lo que habia trabajado por instalarla. Apoyaban la conveniencia de semejante medida sir Carlos Stuard, que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck, enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era, sin duda, útil para la union y conformidad en la direccion de las ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma Junta Central, y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Salió éste, al fin, de Madrid el 8 de Octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox, pasó á Zaragoza, y allí acordaron el 20, como continuacion de lo ántes resuelto, que el ejército del centro, con el de Aragon, amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Al último le dejamos entre Zorzoza y Durango; los dos primeros, ó sea más bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entónces así distribuida. A Logroño le ocupaban los 8.000 castellanos al mando de su general D. Juan de Pignatelli; á Lodosa D. Pedro Grimarest, con la segunda division de Andalucía, estando la cuarta, á las órdenes de D. Manuel de la Peña, en Calahorra, y siendo ambas de 10.000 hombres, segun queda dicho. Los 4.500 valencianos y murcia-

nos permanecían situados en Tudela, y á su frente D. Pedro Roca, sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del Gobierno supremo. Del ejército de Aragón había en Sangüesa 8.000 hombres, que regía D. Juan O-Neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Egea otros 5.000, al mando de D. Felipe Saint-March. Con contadas fuerzas, y en línea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de Octubre hasta Vizcaya y orillas de Ebro, no llegaba á 70.000 hombres, teniendo Blake 30.000 asturianos y gallegos (los de Romana todavía no estaban incorporados), y Castaños unos 36.000, entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto más arreglado á la razón aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo, examinamos su estado, su número, su posición.

José Bonaparte, después de haber salido de Madrid, había permanecido en los lindes de la provincia de Búrgos ó en Vitoria. Allí se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones, que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una órden militar. Sus ministros, apremiados por las circunstancias, presentaron un escrito, en el que (5) «exponiendo que el interés de España exigía no confundir su buena armonía y amistad para con la Francia, con su cooperación á los fines y planes de mayor extensión en que se hallaba empeñado el jefe de ella.....», indicaban que..... «convenía poder anunciar á la nación que, aunque gobernada por el hermano del Emperador, conforme á los tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz separada con la Inglaterra..... que esto calmaría las fundadas zozobras sobre las posesiones de América.....», etc., etc. El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleón, y para llevarle y apoyarle de palabra, fueron en persona á París los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposición, no se hace creíble dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito, conociendo á Napoleón y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el Emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y sólo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Este, en los primeros tiempos de su retirada, había caído en gran desánimo, y los más de sus soldados, excepto los del mariscal Bessières, iban al Ebro casi sin órden ni formación. Perseguidos entónces é inquietos

---

(5) Véase la *Memoria escrita por los Sres. Azanza y Ofárril*.



tados, fácilmente hubieran sido del todo desranchados y dispersos, ó por lo ménos no se hubieran detenido hasta pisar tierra de Francia; pero los españoles, descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Así fué que los franceses, ya más serenos y engrosados con gente de fresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos: el del centro, mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha, gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessières. Habia, ademas, una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan, su mayor general, enviado de París últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian una masa compacta de más de 50.000 combatientes, entre ellos 11.000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros, para darse la mano, tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes, sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian, estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio país por la intermediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quietos y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de Octubre el señalado para dar comienzo á la empresa; mas dias ántes ya habian los nuestros, con su impaciencia, movídose por su frente. Los castellanos, desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendídose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses, por el lado de Sangüesa, tambien avanzaron, acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fué el número de éstos, que Moncey, sobresaltado, dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessières dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de Octubre mandó el general Grimarest á D. Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarlo quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenía órden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha órden, caso de que el enemigo se posesionase con su caballería

de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Cruz, en cumplimiento de lo que se le mandaba, fortificó, según pudo, el convento de capuchinos y el palacio, cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto, en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos, valerosamente rechazados por sus tropas. Con más gente insistieron aquéllos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros, replegándose al palacio, no dieron oídos á la intimación que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6.000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz, que no excedian de 1.000, continuaron en repelerlos hasta entrada la noche, con la esperanza de que Grimarest, según lo prometido, vendria en su auxilio.

Los destacamentos de Carcar y Sesma, aunque lo intentaron, no pudieron, por su corta fuerza, dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest, se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien, celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser canjeados por otros prisioneros. Brillante accion fué la de Lerin, aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cádiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas, para abandonarlas despues á su aciaga suerte, pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña, evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro, se situó en la Torre de Sartaguda.

O-Neil, más dichoso en aquellos dias, obligó al enemigo á retirarse de Nardues á Monreal; corta compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repellido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños, que entónces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos, cruzando el rio, se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros, sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitación y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pié de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados

desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto ménos fundado, cuanto que 1.500 hombres, al mando del Conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y adonde no habia penetrado el enemigo.

El general Castaños, justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4.000 hombres de infantería y caballería, regida por el Conde de Cartaojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de la sierra de Cameros, desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de quinta division á los 4.500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela, al mando de D. Pedro Roca. Reconcen-tró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido, se resolvió, ántes de emprender cosa alguna, á aguardar las demas tropas que debían agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Napoleon, en tanto, se preparaba á destruir en su raíz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cundiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenía en la Península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento, de corta duracion, pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailén, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fué anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de Setiembre en *El Monitor*, y por primera vez, una relacion circunstanciada de las novedades de la Península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un mensaje del Emperador al Senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de Negocios extranjeros, M. de Champagny, y una del de la Guerra, M. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de Abril y 1.º de Setiembre. En la de Abril, despues de manifestar M. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa, habiendo roto el útil vínculo que ántes unia á ambas naciones, gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio frances, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadía, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á

Cárlos IV, ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de Setiembre hablábase ya de las renunciaciones de Bayona, de la Constitucion allí aprobada, y en fin, se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados, segun el Ministro, por el gobierno británico, que intentaba poner aquel país á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaría, estando preparados para evitarla dos millones de hombres valerosos, que arrojarían á los ingleses del suelo peninsular.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del Ministro de la Guerra. En ella, pues, se decia que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos más de 200.000 hombres, era indispensable levantar 80.000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80.000 de la del 10 estuviesen prontos para el Enero inmediato. Al día siguiente de leidas estas exposiciones y el mensaje que las acompañaba, contestó el Senado aprobando y aplaudiendo lo hecho y las medidas propuestas, y asegurando tambien que la guerra con España era «política, justa y necesaria.» A tan mentido y abyecto lenguaje habia descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del Norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por París hizo reseña de várias de ellas el emperador Napoleon, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

No satisfecho éste con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató tambien de asegurar el buen éxito de la empresa, estrechando su amistad y buena armonía con el Emperador de Rusia. Sin determinar tiempo, se habia en Tilsit convenido en que más adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemania y aún dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleon á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el emperador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo, llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de Setiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano, el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasándose los días y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos, no sólo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion más escandalosa, y autorizaban una guerra que ya habia hecho correr tantas lágrimas, sino que tam-

bien, tachando de insurreccion la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrian ancho portillo por donde más adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan poderosos ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleon en libertad de proceder en los asuntos de la Península segun conviniese á sus miras.

Mas al propio tiempo, y para aparentar deseos de paz, cuando despues de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarian á París para aguardar la respuesta de Inglaterra; los que, en union con los de Francia, concurririan al punto del continente que se señalase para tratar.

En contestacion, Mr. Canning escribió el 28 de Octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota comun á ambos. Al primero le decia que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al Emperador, su amo, el modo desusado con que éste habia escrito le impedía considerar su carta como privada y personal, siendo, por tanto, imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el Rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia ser el pensamiento del Emperador de Rusia, segun el vivo interes que siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca sería inducido á sancionar por su concurrencia o aprobacion usurpaciones fundadas en principios no ménos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ámpliamente en la nota que iba para dichos dos ministros, á la carta autógrafa de ambos emperadores. Sentábanse en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del Rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, así para la paz como para la guerra; y que si bien con España no estaba ligado con ningun tratado formal, habia, sin embargo, contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan

obligatorios como los más solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII debería asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra, pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (así los llamaba), puesto que José Bonaparte habia sido ya reconocido por el Emperador, su amo, como rey de España. Menos sufrida y más amenazadora fué la contestacion de M. de Champagny, ministro de Francia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de Diciembre de Mr. Canning, concluyendo éste con repetir al frances «que S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la causa de la nacion española y de la legitima monarquía de España; añadiendo que la pretension de la Francia de que se excluyese de la negociacion al gobierno central y supremo, que obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, era de naturaleza á no ser admitida por S. M. sin condescender con una usurpacion que no tenía igual en la historia del universo.»

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á París el 18 de Octubre, y abriendo el 25 el Cuerpo Legislativo, despues de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: «Parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar, con la ayuda de Dios, en Madrid al Rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.» Palabras incompatibles con ningun arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que, sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de París el 29 de Octubre, llegando á Bayona en 3 de Noviembre.

Empezaban ya entónces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de Setiembre la forma que tenía el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos, á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

- 1.<sup>er</sup> cuerpo. Mariscal Victor, duque de Bellune.
- 2.<sup>o</sup> cuerpo. Mariscal Bessières, duque de Istria.
- 3.<sup>er</sup> cuerpo. Mariscal Moncey, duque de Cornegliano.
- 4.<sup>o</sup> cuerpo. Mariscal Lefebvre, duque de Dantzick.
- 5.<sup>o</sup> cuerpo. Mariscal Mortier, duque de Treviso.

6.º cuerpo. Mariscal Ney, duque de Elchingen.

7.º cuerpo. El general Saint-Cyr.

8.º cuerpo. El general Junot, duque de Abrántes.

A veces, segun irémos viendo, se substituyeron nuevos jefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar enfermos y demas bajas, ascendia á 250.000 combatientes, pasando de 50.000 los caballos. De estos cuerpos, el 7.º estaba destinado á Cataluña, el 5.º y 8.º llegaron más tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de Noviembre, acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Montebello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No así por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de D. Joaquin Blake, habia pensado con el 4.º cuerpo arrojarle de Zornoza.

Firme el general español desde el 25 de Octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los más prudentes estuvieron por replegarse; hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el General en jefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y receloso de abrazar el primero en una sazón en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de Octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que éste tenía era de 26.000 hombres; la nuestra de 16.500. Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo, con algunos caballos mandados por el Marqués de Malespina, y una de Astúrias, gobernada por D. Vicente María de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno.

El mariscal Lefebvre, al amanecer del 31, empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier don Gabriel de Mendiábal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fué acometida primeramente por la division del general Villate. Apoyaron y

siguieron á éste las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empuñada toda nuestra vanguardia, peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder, careciendo de igual arma. Rota al fin, se recogió al amparo de la 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> division, apostadas en el monte de San Miguel. La 1.<sup>a</sup>, del mando de D. Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4.<sup>a</sup>, falta de cañones, como lo demas del ejército, fué arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entónces Blake, conociendo su desventaja, determinó retirarse, para lo que, poniéndose á la cabeza de los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva, mandada por D. Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3.<sup>a</sup> division, al mando de D. Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del rio, en donde, sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente, no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen órden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fué corta de ambas partes; quizá la victoria hubiera sido más dudosa si el general español no se hubiera de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenía de retirarse, pero ciertamente fué descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao más que para acopiar algunas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Balmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de léjos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado, para observarlos, el general Villatte con 7.000 hombres, retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del primer cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del segundo cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos



estos jefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino, y cerca de Menagaray, fué su encuentro con la division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar, y se replegaron á Orduña. Los españoles entónces mejoraron su posicion, colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de Noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas más allá de Balmaseda yendo de Bilbao. Poco ántes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del Conde de San Roman, y en el mismo Nava otra division de Astúrias, á las de D. Gregorio Quirós, componiendo en todo lo que se reunieron de 8 á 9.000 hombres. La caballería venida del Norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodía de España para proveerse de caballos. Reforzado así el ejército de Blake, y enterado éste del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Moviése, pues, hácia Balmaseda, cuyo punto debia acometer la cuarta division, ahora mandada por D. Estéban Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigía al Berron, una legua distante; la tercera y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luégo unos y otros con inexplicable gozo.

Fué en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Balmaseda, cuyo camino corre al pié de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general frances Villatte, retiróse con demasiada prisa, hasta que volviendo en sí, juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Balmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á éstos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipajes, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de D. Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear ántes de su llegada, y áun tambien que José le prestase ayuda; ya porque juz-

gase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya más bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias ántes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo, temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el primero marchase por Orduña y Amurrio contra Balmaseda, formando un total de 50.000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazón que Blake, y queriendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Balmaseda, y reconocer las fuerzas del enemigo, iban el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la cuarta division, que no pudiendo reincorporarse al ejército, se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al Marqués de Malespina con los 400 caballos que habia, y algunos infantes. Por su lado el General en jefe se encontró con el mariscal Lefebvre, peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse, vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Balmaseda y pueblos vecinos.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre, que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo, dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia, para proteger el movimiento, algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos, al mando de D. Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Balmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuábase su ejército, teniendo desde el 31 que pelear á la continúa con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigurosa suerte aún para soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fué extrema, viéndose obligados hasta los mismos jefes á mantenerse con mazorcas de maíz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el General en jefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios; enseñando

la práctica militar, como ya decía Vejecio (6), «que la penuria más veces que la pelea acaba con un ejército, y que el hambre es más cruel que el hierro del enemigo.»

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo más numeroso, aguerrido y bien provisto. Esperanzado, sin embargo, de que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al Rey cerca de su cuarto, y cuya concesion, segun cuentan (7), sube á D. Sancho García, conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba; y los españoles, colocándose en el camino que viene de Balmaseda, dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada, de difícil acceso, y á la siniestra parte, pusieron los asturianos, capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La primera division y la reserva, con sus respectivos jefes D. Genaro Figueroa y D. Nicolas Mahy, seguian en la línea, descendiendo al llano. El general Riquelme y su tercera division ocupó en el valle lo más abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de D. Gabriel de Mendizábal, con seis piezas de artillería, dirigidas por el capitán D. Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado, y más adelante, en un espeso bosque, y sobre una loma estaba la division del Norte, que gobernaba el Conde de San Roman, quedando no léjos de la artillería, y algo detras por su derecha, la segunda de Martingengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21.000 combatientes.

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25.000 hombres, mandados por el mariscal Victor. Se habia éste juntado con el mariscal Lefebvre en Balmaseda, y separándose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo, y siguiendo el primero la huella de Blake, con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del Norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez; mas cargando el enemigo en mayor número, fué al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entónces un fuego

---

(6) *Sæpius enim penuria quam pugna consumit exercitum et ferro sævior fames est.* (VEGET., *De re militari*, lib. III, cap. III.)

(7) Véase MARIANA, *Historia de España*, lib. VIII, cap. IX.

muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake, para sostener á San Roman, la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y áun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no sólo se mantenía, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del Norte prontas á recuperar el bosque, cuando la oscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura, que, perdieron dos de sus mejores jefes, el Conde de San Roman y D. Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo áun de las provisiones más preciosas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apénas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos, no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el General en jefe, en balde sus oficiales, en buscar por Espinosa socorro para su gente. Los vecinos habian huido, espantados con la guerra; la tierra, de suyo escasa, estaba ahora, con aquella ausencia, más empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobregez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del Norte, que eran los que más habian padecido.

Al contrario los franceses: bien alimentados, retirados sus heridos, y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura si, atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados, hubiera á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria, y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmóvil y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer lo renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban, como más elevada, era la llave de la posicion. Así se determinaron á empezar por allí el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron éstos con denuedo, y á la voz de sus dignos jefes Acevedo, Quirós y Valdés, conserváronse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general ene-

migo el influjo de dichos jefes, y sobre todo que uno de ellos, montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos más peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza (segun nos ha contado años adelante en París el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente, disparasen contra los jefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La órden causó grave mal á los españoles, y decidió la accion. Los tiradores, abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabucebaban, por decirlo así, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fué traspasado de dos balazos D. Gregorio Quirós, heridos los generales Acevedo y Valdés, con otros jefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales don Joaquin Escario y D. José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda aficcion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos, siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake, enviando á D. Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado, y los franceses, posesionándose de la altura, perseguian á los asturianos, cuyo mayor número, huyendo, se enricó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado al rededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luégo como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve, comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de D. Nicolas Mahy y las seis piezas del capitán Roselló, perdidas luégo en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el Marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar á Villarcayo. Temeroso dicho Marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre, que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fué muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses, cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló D. Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Rei-

nosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas, esperando poder rehacerse algun tanto, y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respiro.

Desde que en 8 de Noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentía por doquiera su presencia. Servíanle como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos cómo de Bayona mismo habia ordenado al 1.º y 4.º cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora, poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fué su derecha por los mencionados 1.º y 4.º cuerpos, encargó al 3.º, del mando del mariscal Moncey, que observase desde Lodosa al ejército del centro y de Aragon, dejando, ademas, en Logroño á los generales Lagrange y Colbert, del 6.º cuerpo, cuya principal fuerza, capitaneada por su mariscal Ney, debia caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2.º cuerpo el mariscal Soult, y su anterior jefe Bessières fué encargado de gobernar la caballería. Ambos, con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva, siguieron el camino real de Madrid, dirigiéndose á Búrgos.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura, compuesto de unos 18.000 hombres, distribuidos en tres divisiones, y á su frente el Conde de Belveder, mozo inexperto, nombrado por la Junta Central para reemplazar á don José Galluzo. La 1.ª division estaba allí desde el 7 de Noviembre; se le juntó la 2.ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hácia Lerma la 3.ª. Así que sólo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12.000 hombres, de ellos 1.200 de caballería. Fiado Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo, y de modo que á los oficiales de la 2.ª division, que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entónces, segun dijo, las fuerzas de la 1.ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10 cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafría, tres cuartos de legua de Gamonal, adonde se habia adelantado la 1.ª division de Belveder, mandada por D. José María de Alós. Los franceses, como no tenian consigo infanteria, retrocedieron, para aguardarla, á Ruvena, con lo que alentados los nues-

tros, resolvieron empeñar una accion. Lasalle, rehecho, forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de éste ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzón, y la izquierda las tapias de una huerta ó jardín, cubriendo el frente algunos cuerpos con 16 piezas de artillería. Las tropas más bisoñas se pusieron detras de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallón de guardias españolas, algunas compañías de wálonas, el segundo de Mallorca y granaderos provinciales.

Fué, pues, aproximándose el ejército enemigo; y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle, se colocó en un llano situado entre el bosque y el rio, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque, guarnecido por la derecha española, la cual, creyéndose envuelta por Lasalle, comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería, guiada por D. Juan Henestrosa, hombre valiente, pero más devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa, que en realidad mandaba tambien en jefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió con los jinetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entónces fueron del todo deshechos los del bosque, y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Búrgos.

El mariscal Bessières, tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido 14, y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fue considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden, teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillaje la ciudad de Búrgos, apoderándose de 2.000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el Conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3.<sup>a</sup> division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos, pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí, prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fué relevado del mando por la Junta Central, que nombró para sucederle á D. José de Heredia.

El mariscal Soult, con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles, y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia

éste confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campóo. Iban con ella enfermos y heridos, huyendo de un peligro sin pensar en el otro no ménos terrible con que tropezaron. Caminaban, cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas; la artillería, precipitando su marcha y usando de adecuados medios, pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego, el mismo que fué despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake, acosado, y temiendo no sólo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13 y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo jefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La Central habia nombrado general en jefe del ejército de la izquierda al Marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto, parecióle ser más conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Esla debia hacer alto y aguardarle.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre, con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El primer cuerpo, del mando de Victor, juntóse en Búrgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander, de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su país natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4.000 de ellos, al mando de D. Nicolas Llano Ponte; los deshizo y dispersó, y yendo por



la Liébana en busca de Blake, franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Napoleon, al propio tiempo, y despues de la jornada de Gamonal, habia sentado su cuartel general en Búrgos. Los vecinos habian huido de la ciudad, y soledad y silencio, no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor, fué el recibimiento que ofreció al Emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él, poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de Noviembre un decreto, en el que concedia, en nombre suyo y de su hermano, *perdon general y plena y entera amnistía* á todos los españoles que en el espacio de un mes despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciassen á toda alianza con los ingleses, incluso los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli, de Osuna, el Marqués de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el Príncipe de Castel-Franco, D. Pedro Cevallos y el Obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia, y traídores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raíces, que tuviesen en España y reinos extranjeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al Obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fué el primero de proscripcion que se dió entónces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la Central ofrecido semejante ejemplo, aunque estuvieran, como autoridades populares, más expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por Napoleon; camino largo, y que sólo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas ó en el recíproco temor de los partidos.

En Búrgos dudó algun tanto el Emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si, prosiguiendo por la anchurosa Castilla, iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luégo supo que aquél no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa, al mando de sir Juan

Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres, segun vimos, á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30.000 infantes y 5.000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España, para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10.000 hombres, sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde sólo se dejaba una division. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de órden que se le comunicó en 26 de Octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de Noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3.000 infantes, á las órdenes de sir Juan Hope, la envió por la izquierda de Tajo á Badajoz, á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de Octubre sir David Baird, con los 10.000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen, bajo el pretexto de que necesitaba la vénia de la Central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no sólo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenian escasa voluntad de internarse en Castilla.

Napoleon, penetrando, pues, su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8.000 caballos, así para tener en respeto al inglés como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro ántes de avanzar á Madrid.

No era dado á dicho ejército, ni por su calidad ni por su fuerza, competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la primera y tercera division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque, censurado su jefe D. Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aún los que anhelaban por mayor diligencia sin atender á las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen. Recayó la eleccion en D. Francisco de Palafox, hermano del capitán general de Aragon é individuo de la Junta Central, autorizado con poderes extensos, y á quien acompañaban el Marqués de Coupigny y el Conde de Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny, extranjero y mal avenido desde Bailén con Castaños; y el del Montijo, más inclinado á meter zizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, sólo se aumentarían tropiezos y embarazos.

Todos juntos en 5 de Noviembre, agregándoseles otros generales y D. José Palafox, que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra, en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Projectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la Junta Central diese el mando de su ejército al Marqués de la Romana, á quien ántes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entónces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el Marqués, y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de Noviembre, en que, por los movimientos de los franceses, sospeché el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes, duque de Montebello, á quien una caída de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido, se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en jefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert, del sexto cuerpo, en union con las del tercero, del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu, recien llegado de Francia, y componiendo en todo 30.000 hombres de infantería, 5.000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de más de 20.000 hombres, cuyo jefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma a Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no sólo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino también de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo y la posicion de Calahorra, que habia tomado después de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entónces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41.000 hombres, entre ellos 3.700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa órden del general Palafox. Felizmente llegó éste á Tudela el 22, y con anuencia

suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto, más difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-Neil, que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division, regida por D. Pedro Roca y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó ésta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada enfrente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla del Ebro, se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de éstos tiró á la izquierda y hacía el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20.000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba, ademas, la cuarta division de Andalucía, con su jefe La Peña, y en Tarazona la segunda, del mando de Grimarest, con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte, que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de cuatro leguas, que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se trabó la accion principal con la quinta division y los aragoneses. Los que de éstos habian ido por la orilla del rio repelieron al principio al enemigo, quien luégo arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español, por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu, sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouttes. Los enemigos, subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle; pero acudiendo, por órden de Castaños, D. Juan O-Neil á desalojarlos, y prolongando por detras de la altura ocupada un batallon de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente, siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazón que el general

Morlot, rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la quinta division, para no ser envuelta, abandonó la altura á inmediaciones de Santa Bárbara. También entónces, reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que, dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre, penetró por medio, le desordenó, y áun acabó de desconcertar la derecha, revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba La Peña; pero envuelto en el desórden y casi atropellado, se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto D. José Palafox, que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veia así atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de La Peña junto á Cascante el general Lagrange; trabóse vivo choque, y tal, que herido el último, cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos; pero acudiendo gran golpe de infantería, rehiciéronse los jinetes enemigos y fué á su vez rechazado La Peña y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien, á pesar de haber para ello recibido temprano órden de Castaños, no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron, sin embargo, retirarse ordenadamente hácia Borja, conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fué gran dicha que no viniera de Soria el mariscal Ney. Deteniéndose allí éste tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2.000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de jefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun verémos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el Conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Después de la batalla, las reliquias de los aragoneses y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon se metieron en Zaragoza,

como igualmente los más de sus jefes. Castaños prosiguió á Calatayud, adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entónces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud, recibiendo aviso de la Junta Central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó éste los jefes de las divisiones, y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5.000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería, al mando del general Venégas. Luégo vino éste á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud, cerca de Bubberca, se apostó, segun órden del General en jefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon, de resultas, en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro D. Manuel de la Peña. Y por ahora allí le dejaremos, para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban léjos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, así porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La Junta Central, después de la rota de Búrgos, habia encargado á D. Tomas de Morla y al Marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como más expuesto, se cuidó en especial del último punto, enviando para guarnecerle á D. Benito San Juan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía, y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12.000 hombres y algunos cañones: endeble reparo para contener en su marcha al Emperador de los franceses.

Con todo, á fin de asegurarla obró éste precavidamente, tomando várias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney

continuar en persecuimiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor, para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito San Juan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de D. Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4.000 infantes y 1.000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia forzaron á los jefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Siendo éstas escasas, no era aquel paso de tan difícil acceso como se creía. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales, que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas más elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos más eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora, atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida, á tiempo que Napoleon llegó al pié de la sierra. Irritado éste é impaciente con la resistencia, mandó entónces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros polacos y cazadores de la guardia, al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos M. Felipe de Segur, estimable autor de la *Historia de la campaña de Rusia*. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazón que sus columnas de derecha é izquierda se habian, á favor de la niebla, encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear, abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los jinetes enemigos. San Juan, queriendo contener el desorden de los suyos, recorrió él campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos, se abrió paso, llegando por trochas y atajos, y he-

rido en la cabeza, á Segovia, en cuya ciudad se unió á D. José Heredia, que juntaba dispersos.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierta, y el Gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á paraje seguro. Ya al promediar Noviembre, y á propuesta de don Gaspar Melchor de Jovellanos, se habia pensado en ello; mas con tal lentitud, que fué menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemigas, para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la Junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado, por medio de los ministros de José, á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquéllos tres cartas, concebidas en idéntico y literal sentido, una al Conde de Floridablanca y las otras dos al Decano del Consejo Real y al Corregidor de Madrid. La Central, sobremanera indignada, decretó el 24 de Noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargando á la sala de Alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion, metiendo á la Junta en nuevos comprometimientos, la impelia á atender á su propia seguridad.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles, y el 1.º de Diciembre muy de mañana sípuse lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el Presidente á los individuos de la Junta para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez; pero ántes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del paraje en que el Gobierno debería fijar su residencia. Variaron los pareceres; señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viaje se dispuso que los individuos de la Junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa, compuesta de los Sres. Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1.º al 2 de Diciembre. Apénas con escolta, en medio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestá-



ran, y de que los franceses no los alcanzasen y, cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina, en donde volveremos á encontrarlos.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. D. Tomas de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva, Marqués de Castelar, habian discurrido calmarla, y aunque por órden de la Central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas, sin embargo, no fué dado por más tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre, se agolpó á casa de Castelar, que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de Noviembre con gran vocería que se la armase. Así lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital, y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era, en verdad, punto defendible, y las obras que se trazaron, levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbata, que arcillaban cañones de corto calibre. Se aspillaron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjás en ciertas calles principales, como la de Alcalá, carrera de San Jerónimo y Atocha. Tambien se desempedrarón muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y colchones. Todos corrían á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1.º de Diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta, que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el Duque del Infantado, como presidente del Consejo Real, y eran ademas individuos el Capitan general, el Gobernador y Corregidor, como tambien varios ministros de los Consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial más inteligente que el gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario, léjos de amilanarse, se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8.000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la Armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y áun para muchos faltaron. Pedíanlos con instancia los concurrentes, mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado, en vez

de pólvora, arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Habia entendido, como regidor, el Marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra él y su mayordomo se empezó á clamar desaforadamente. Este marqués era ántes el ídolo de la plebe madrileña, presumia de imitarla en usos y traeres, con nadie sino con ella se trataba, y áun casi siempre se le veia vestido á su manera con el traje de majo. Pero acusado, con razon ó sin ella, de haber visitado á Murat, y recibido de éste obsequios y buen acogimiento, cambióse el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien, para su desdicha, la ira y celos de una antigua manceba, á quien por otra habia dejado. Tenía el Marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mujeres más hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar ésta lo que reputaba ultraje, no sólo dió pábulo al cuento de ser el Marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del Marqués. Vivía éste en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapiés (de todos el más desasosegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fué el desastrado fin del Marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular; pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable, segun lo afirma cierto historiador inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmocion no fué más allá; personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie; ántes sólo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartin, y se alojó en la casa de campo del Duque del Infantado. Aniversario aquel dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba sería tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza, no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessières la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y áun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleon, recorriendo los alrededores de la villa, meditaba el ataque para el siguiente dia. En éste no hubo sino tiroteos de avanza-

das y correrías de la caballería enemiga, que detenía, despojaba y á veces mataba á los que, inhábiles para la defensa, salían de Madrid. Con más dicha, y por ser todavía en la madrugada oscura y nebulosa, pudo alejarse el Duque del Infantado, comisionado por la Junta permanente para ir hácia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro, y á las doce de la misma el mariscal Berthier, príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimación, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el día á las nueve de la mañana, y apareció bellísimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su principal conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atención por las puertas del Conde-Duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la Fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la Veterinaria, cayeron algunos tiros junto al Emperador, que diciendo: *Estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga, que quería meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron, por lo general, sino simulados, y no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se había apostado en las casas de Bringas, allí contiguas. También hubo entre la del Conde-Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fué herido en el pié, de una bala, el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia, dominando á Madrid es llave de la posición, fué el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habían reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habían esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería, dirigidas por el general Senarmont, rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores, que no eran sino paisanos, y un cuerpo recién levantado á expensas de D. Francisco Mazarrado, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron, por donde entraron sus tiradores y la división del general Villatte. Entónces los nuestros, decayendo de ánimo, fueron ahuyentados, y los franceses, derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Ato-

cha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquéllas habian sido excavadas en la parte más elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero, que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía, calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá, en donde fué muerto el general frances Bruyère. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion, pidiendo una suspension de armas durante el dia 3, para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general frances, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio más suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora, diciendo «Inmensa artillería está preparada contra la villa, minadores se disponen para volar sus principales edificios..... las columnas ocupan la entrada de las avenidas..... Mas el Emperador, siempre generoso en el curso de sus victorias, suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Madrid proteccion y seguridad para los habitantes pacíficos, para el culto y sus ministros; en fin, olvido de lo pasado. Enarbólese bandera blanca ántes de las dos, y envíense comisionados para tratar.»

La Junta, establecida en Correos, mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general frances á D. Tomás de Morla y á D. Bernardo Iriarte. Avocáronse éstos con el Príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon; vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailén, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793, en el Rosellon. Por último djóle: «Vaya V. á Madrid; doy tiempo para que se me responda de aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva V. sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo V. y sus tropas serán pasados por las armas.»

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la Junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, más sereno, aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre

los vocales; prevaleció la opinion de la entrega. El Marqués de Castelar, no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la tropa que habia, camino de Extremadura. Tambien y ántes el Vizconde de Gante, que mandaba la puerta de Segovia, salió subrepticamente del lado del Escorial, en busca de San Juan y Heredia.

A las seis de la mañana del 4 D. Tomas de Morla y el gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la capitulacion (8). Napoleon la aprobó en todas sus partes

---

(8) *Capitulacion que la Junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el Emperador de los franceses.*

Artículo 1.º La conservacion de la religion católica, apostólica y romana, sin que se tolere otra, segun las leyes.— *Concedido.*

Art. 2.º La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos; la conservacion de sus empleos ó su salida de esta córte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.— *Concedido.*

Art. 3.º Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.— *Concedido.*

Art. 4.º Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos y por obediencia al Gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.— *Concedido.*

Art. 5.º No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.— *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 6.º Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.— *Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 7.º Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares, sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.— *Concedido; bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles, pabellones muebles conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.*

Art. 8.º Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra y se retirarán donde les convenga.— *Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy, 4, á las dos de la tarde, dejarán sus armas y cañones; los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas, y los de fuera á sus pueblos.*

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su canje, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9.º Se pagarán fiel y constantemente las deudas del Estado.— *Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.*

con cortísima variación, si bien se contenían en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

El general Belliard, después de las diez del mismo día, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesión de los puntos principales. Sólo en el nuevo cuartel de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del Corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid después de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes ódio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Sólo hubo de su parte falta de valor y deshonesto proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid, si no detener al ejército frances, por lo ménos probar á Europa que á viva fuerza, y no de grado, se admitía á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual, oportuna, aunque familiarmente, decía M. de Pradt, capellan mayor del Emperador, primero obispo de Poitiers, y después arzobispo de Malinas, «que José había sido echado de Madrid á puntapiés y recibido á cañonazos.»

EL 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulación, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamar-

---

Art. 10. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.— *Concedido; continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueltos será hasta la organizacion definitiva del reino.*

Art. 11, adicional. Un destacamento de la guardia tomará posesión hoy, 4, á mediodía, de las puertas de palacio. Igualmente á mediodía se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército frances.

A mediodía el cuartel de guardias de Corps y el hospital general se entregarán al ejército frances.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros á la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán y las calles se repararán.

El oficial frances que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodía con una guardia á la casa del Principal, para concertar con el Gobierno las medidas de policia y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros, los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulación, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid, 4 de Diciembre de 1808.— FERNANDO DE LA VERA Y PANTOJA.— TOMAS DE MORLA.— ALEJANDRO, Príncipe de Neufchatel.— Véase la *Gaceta de Gobierno* de Sevilla de 6 de Enero de 1809.

tin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien, arrojando todo embozo y sin mentar á su hermano, mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Fué el primero contra el Consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como superchería*, se destituian sus individuos, considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nación brava y generosa*. Quedaban, ademas, detenidos en calidad de rehenes; por cuyo decreto, el artículo sexto de la capitulacion, con afan apuntado por los del Consejo, y segun el cual debian conservarse «las leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion», se barrenaba y destruía.

Siguiéronse á éste el de la abolicion de la Inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos, reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos, enojados con los primeros pasos de la Central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones, de suyo benéficas, aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á D. Arias Mon, decano del Consejo, y á otros magistrados. El Príncipe de Castel-Franco, el Marqués de Santa Cruz del Viso y el Conde de Altamira, ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Búrgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpétuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al Duque de Sotomayor, de que le libró especial favor. Estuvo para ser más rigurosa la del Marqués de San Simon, emigrado frances al servicio de España: fué juzgado por una comision militar y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Napoleon permanecia en Chamartin, y sólo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Feli-

pe II; detúvose durante algunos minutos delante de uno de los más notables, y no parecía sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un monarca que, si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidía en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, así respecto de propios como de extraños.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos españoles, si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses, teniendo que derramarse, enflaquecian sus fuerzas, y áun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas, dueño Napoleon de la capital, lo habia sido de la suerte de la nacion invadida; en ésta, ni el gobierno, ni los particulares, ni el más pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenaje. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al Corregidor de Madrid, que el 16 de Diciembre fué á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José, segun se habia exigido del Ayuntamiento; díjole, pues, Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España, nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo, añadió que consentiria en ceder dichos derechos á José cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento «que saliese, no solamente de la boca, sino del corazon, y que fuese sin restriccion jesuítica.»

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad importaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El Emperador habia dejado en Búrgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fué tan mal recibido, que se retiró á la Moncloa y luégo al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Más que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de Diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del Duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessières, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lasalle.



Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado D. Benito San Juan, quien, despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con D. José Heredia, se habia apostado en el Escorial antes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y áun, instados por el Vizconde de Gante, que con aquel objeto, segun vimos, habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras siniestras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruajes. Comenzó por donde estaba San Juan, cundió á la vanguardia, que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron, en la madrugada del 4, casi á tocar las puertas de Madrid, en donde, noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros asolando los pueblos y maltratando á los habitantes hasta Talavera, punto de reunion, que fué teatro de espantosa tragedia.

Habituadas á la rapiña y al crimen las mal llamabas tropas, pesábalas volver á someterse al órden y disciplina militar. Su caudillo, D. Benito San Juan, no era hombre para permitir más tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los jefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile, penetraron en la celda en donde se albergaba el general San Juan. Empezó éste á arengarlos con serenidad, y áun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle, y viéndose perdido, al querer arrojarle por una ventana, tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver, despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y así expuesto, no satisfechos todavía, le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio jefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

No tan relajado, aunque harto decaido, estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traicion, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfía y de tropel, habian causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8.000 hombres casi desnudos. Mas, sin embargo, determinaron los jefes cumplir con las órdenes del Gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Empezó la infantería su ru-

ta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería, en busca de mejores caminos, tomaron la vuelta de Guadalajara, siguiendo la izquierda del Henáres. No tardaron los primeros en variar de rumbo y caminar por donde los segundos, con el aviso de Castelar recibido en la noche del 1.º al 2 de Diciembre de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando, pues, todo el ejército á Guadalajara, la 1.ª y 4.ª division entraron por sus calles en la noche del 2, junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el Duque del Infantado; y el 3, avistándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.º, enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.º, dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiese, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los jefes de la capitulacion de Madrid, y obligados, por tanto, á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro D. Pedro de Llamas, encargado por la Central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar, forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca, sentar sus reales en aquella ciudad, para je acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así, y por entónces, se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessières y el cuerpo de Ney, que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Baztan los cansados y zagueros.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo, agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de Diciembre, estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la primera y cuarta division, que regía entónces el Conde de Villariego. A mitad del camino, y en Mondéjar, don José Santiago, teniente coronel de artillería, el mismo que en Mayo fué de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones, diciéndole que éstas, en vez de proseguir á Cuenca, querian re-

troceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el General, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariego la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa; singular conspirador y singular jefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse, se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa, que iba á continuar su marcha, á volver atras. Intentó Villariego arengar á los sublevados, que aparentaron escucharle; mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos *á Madrid*, y otros *á Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavía, Príncipe de Anglona, para que informase de lo ocurrido al General en jefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones, dirigiéndose á Illana, debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los jinetes y cañones, con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera; mandando á los primeros el mismo Villariego y á los segundos D. Andres de Mendoza. Ciertas precauciones, y la repentina mudanza en la marcha, suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8, al querer salir de Tarancon, encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del Conde de Miranda, comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran más acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al Conde, y éste aceptó, sustituirle en el mando. Llamado D. José Santiago por el nuevo jefe, retúvole éste junto á su persona; y hubo vagar para que, adoptadas prontas y vigorosas providencias, se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fué conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de Enero, con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raíces, y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquéllas y aunar éstas, juzgó conveniente D. Manuel de la Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando, proponer en su lugar por general en jefe al Duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el Duque, y aprobólo despues la Central, con que se legitimaron unos actos que sólo disculpaba lo arduo de las circunstancias.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de Diciembre. Más remisa estuvo, y llegó en desórden, la segunda division, al mando del general Grimarest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en

la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida, camino de Cuenca.

En esta ciudad, reunido el ejército del centro, y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de ochenta y seis leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable, sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencontros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza, para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole, le distrajese de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban, pues, y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector cómo despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4.000 hombres, al mando del Conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de Noviembre, segun órden de Castaños, se habia retirado dicho jefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas, prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda, separado y como cortado, un trozo, á las órdenes del Conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales, al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias, acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apénas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse, no sólo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrase y le ponía más al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Así fué que el

mariscal Victor, sentando ya en 11 de Diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas, que se proveian de vituallas en sus feraces campiñas, y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia; mas desapercebida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de Diciembre sus puertas al vencedor; habiendo ántes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12.000 espadas de su antigua y celebrada fábrica.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la más completa anarquía, atropellando y asesinando pasajeros. Doloroso, sobre todo, fué lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía D. Juan Duro, canónigo de Toledo y antiguo amigo del Príncipe de la Paz; ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á D. Miguel Cayetano Soler, ministro de Hacienda de Cárlos IV, que tambien llevaban arrestado; atrocidades que hubieran debido evitarse, no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personajes tan aborrecidos.

Templa, por dicha, la amargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía y cediendo al noble impulso del patriotismo ántes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señalóse la villa de Villacañas, una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Várias partidas de caballería enemiga, que quisieron penetrar por sus calles, fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de Diciembre. Alabó el Gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha, inundada de sus tropas.

Estas, ántes de terminar Diciembre, se habian extendido hasta Manzanares, y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierra-Morena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras, unos obligados de la necesidad, otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo, como éstos eran los ménos, tívose á dicha su llegada, porque daba cimiento á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos, y en dudas del paradero de la Central, trataron de reunirse en la Ca-

rolina, enviando allí dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real; pero la Central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierra-Morena al Marqués de Campo-Sagrado, individuo suyo, con órden de promover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de Diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el Marqués del Palacio, encargado del mando en jefe del ejército que se reunia en Despeñaperros, habiendo sido ántes llamado de Cataluña, segun en su lugar verémos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, adonde tambien, y con felicidad, retrocedieron desde Manzanares catorce piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió, al promediar Diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6.000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Cortos eran, en verdad, semejantes medios, si el enemigo, con sus poderosas fuerzas, hubiera intentado penetrar en Andalucía; pero distraida su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á éste en Castilla y obrar, ademas, del lado de Extremadura, como movimiento que podría ayudar á las operaciones de Portugal, en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Para lograr el último objeto, marchó sobre Talavera el cuarto cuerpo, del mando del mariscal Lefebvre, compuesto de 22.000 infantes y 3.000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenía firme y muy entusiasmada. Mas el despecho que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de Diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias D. Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general D. Antonio Noriega, antiguo allegado del Príncipe de la Paz. También pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinos, descubiertos en ambos pueblos, fueron juzgados y pagaron su crimen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relatarémos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo período de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinacion y del órden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

El general Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á

los franceses. Fué su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de éstos cuatro, desde donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El segundo, por donde cruza el camino de Badajoz á Madrid, mereció particular atencion, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entónces no se pudo destruir, y sólo sí resquebrajarle en parte; 5.000 hombres le guarnecieron. Don Francisco Trias fué enviado el 15 de Diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra, camino de Castañar de Ibor. También fué amagado en el propio dia el del Conde, que sostuvo D. Pablo Morillo, subteniente entónces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias, y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo, tres leguas á retaguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca, y una compañía de zapadores. Así como los otros, fué luégo atacado este punto, del que se apoderó, al cabo de una hora de fuego, la division del general Valence, cogiendo 300 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo; pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo, cuatro leguas distante. Este movimiento, y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temíase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros génerales continuamente acudian), y se decidió retirarse á Zalamea, veinte y tres leguas de Trujillo, y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron diez y siete piezas, once de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y seis siguieron á Zalamea. A este punto llegaron despues, y en mejor órden, 1.200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura, Y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros

acontecimientos los obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la Junta Central para reparar en parte tanto daño.

El viaje de ésta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Floridablanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaria salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante, enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la Junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron, la primera á D. Francisco Javier Caro, individuo suyo, y el segundo á sir Cárlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz, sino á Sevilla, como ciudad más populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la Junta por Mérida, una diputacion de la de aquella ciudad le pidió, en nombre del pueblo, que eligiese por capitán general de la provincia y jefe de sus tropas á D. Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguia á la Junta. No convino ésta en la peticion, dando por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia, congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entónces la voz pública, pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde ántes habia mandado, unióse á su clamor la junta provincial, y la Central, aunque con repugnancia, accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo y emprender despues nuevas operaciones.

Mas en esta providencia, oportuna, sin duda, y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la Junta Central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto, Sevilla, ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma Junta, ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues ántes de acabar Diciembre nombró al brigadier don José Serrano Valdenebro para cubrir con cuan-



tas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo, y las gargantas occidentales de Sierra-Morena.

La Junta Central entró en Sevilla el 17 de Diciembre. Grande fué la alegría y júbilo con que fué recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real Alcázar el dia 18, y notóse luégo que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contratiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del Conde de Floridablanca influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho Conde en el mismo Sevilla, el 30 de Diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en memoria un magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fué nombrado en su lugar el vice-presidente de la Junta, Marqués de Astorga, grande de España, y digno, por su conducta política, honrada índole y alta jerarquía, de recibir tan honorífica distincion.

El estado de las cosas era, sin embargo, crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Astúrias, en Cuenca, Badajoz y Sierra-Morena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza, ya sitiada; y Cataluña, aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del Gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés, arrimado, sin menearse, contra Portugal y Galicia, y sólo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos países proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

